

HOMILIA FINAL DEL RVDO. P. JUAN ROIG Y GIRONELLA, S. I., DIRECTOR DE BALMESIANA

“La desconfianza que, hasta en los ambientes católicos, se ha difundido acerca de la validez de los principios fundamentales de la razón, o sea de nuestra *philosophia perennis*, nos ha desarmado frente a los asaltos, con frecuencia radicales y capciosos, de pensadores de moda.”

Estas fueron las palabras que, mirando las cosas desde su alto puesto de observación, pronunció Pablo VI en Bogotá en agosto pasado ante la segunda asamblea del episcopado latinoamericano.

Prosiguió señalando certeramente cuál es la actitud de servilismo de muchos intelectuales respecto de la moda, después de haber abandonado tan gratuitamente nuestro patrimonio doctrinal: “el vacío dejado en nuestras escuelas filosóficas por el abandono de la confianza en los grandes maestros del pensamiento cristiano, muchas veces está compenetrado de una superficial y casi servil aceptación de filosofías de moda, con frecuencia tan simplistas como abstrusas; y éstas han sacudido nuestro modo normal, humano, juicioso, de pensar la verdad; estamos tentados de historicismo, de relativismo, de subjetivismo, de neo-positivismo, que en el campo de la fe inducen a un espíritu de crítica subversiva y a la falsa persuasión de que para acercarse y evangelizar a los hombres de nuestro tiempo, hemos de renunciar al patrimonio doctrinal, acumulado en siglos por el magisterio de la Iglesia; como si pudiéramos modelar —no ya para mejorar las virtudes de claridad y expresión, sino para alterar el contenido dogmático— un cristianismo nuevo, hecho a mediada del hombre y no a medida de la auténtica palabra de Dios”.

Nunca olvidaré la impresión de sorpresa que me produjo allá en los años de mi juventud, cuando empezaba a iniciarme en

la filosofía, comprobar que había de hacer simultáneamente una doble experiencia: de un lado, la de la filosofía entendida como contenido doctrinal que se presenta con pruebas, demostraciones, cuya evidencia cada uno ha de comprobar por sí mismo, movido por el amor a la verdad; de otro lado, la filosofía que vive en muchos llamados filósofos, como actitud, como moda, como búsqueda del prestigio y del nombre. Tanto admiraba lo primero como me repugnaba lo segundo.

Pronto empezó a desaparecer mi sorpresa cuando aprendí que el mal ya era antiguo, según decía Santo Tomás en su comentario a la *Metafísica* de Aristóteles: "A fines distintos ordenan su vida y sus acciones el filósofo y el sofista. El filósofo, cierto, a conocer la verdad; pero el sofista a que parezca que sabe, aunque no sepa" (Libr. IV, n. 575). Unos dirigen su trabajo a conocer "cosas" y otros a conocer "nombres de filósofos", y de esto se pavonean, aunque no conozcan la verdad de las cosas. Es el mismo Santo Tomás quien ya decía: "El estudio de la filosofía no se dirige a saber qué han opinado los hombres, sino de qué manera está la verdad de las cosas" (*De caelo*, I, 22).

También San Agustín, con aquella humildad apasionada en pos de la verdad, me enseñó: "A esta humildad salubérrima, que para enseñárnosla Nuestro Señor Jesucristo se humilló, a ésa, digo, más que nada se le opone cierta ignorantísima ciencia, por decirlo así, mientras gozamos de saber qué ha opinado Anaxímenes, qué Anaxágoras, qué Pitágoras, qué Demócrito y así por el estilo, a fin de tener el talante de doctos y eruditos, siendo así que esto está separado de la verdadera doctrina y erudición" (*Epístola ad Dioscorum*, cap. IV, n. 23; Migne, vol. 33, col. 442).

Alaba San Agustín a Anaxágoras, sí, por cuanto reconoció en las cosas una Inteligencia latente, que lo podía llevar a Dios; pero añade: "no ha de ser amada la verdad porque no fue desconocida de Anaxágoras, sino porque es verdad, aunque nadie de ellos la hubiese conocido" (*Ibid.*, n. 26, col. 445). Y prosigue: "Por tanto, si ni el conocimiento de este hombre, que

tal vez haya visto la verdad, ha de hincharnos de tal manera que con ella parezcamos ser sabios ni con la misma realidad firme de lo verdadero, con lo cual podríamos serlo, ¡cuánto menos los nombres y las opiniones de aquellos hombres que han opinado falsamente, podrán ayudar nuestra doctrina y hacer que las cosas escondidas queden manifiestas! Puesto que siendo hombres, más nos conviene contristarnos de los errores de tantos y tan nobles hombres, si nos sucediese tener que escucharlos, que buscar todo esto curiosamente con el fin de que, colocados entre aquellos que no las conocen, nos gloriemos en una jactancia vanísima (*jactatione inanissima ventilemur*). ¡Cuánto mejor habría sido ni siquiera haber oído el nombre de Demócrito antes que pensar con dolor de no sé quién que en su tiempo fue tenido por grande, cuando imaginaba que eran dioses las imágenes que emanaban de los cuerpos!" (Ibid. n. 27).

El mismo hábito de verdad, de nobleza, de rectitud, que me ambientaba cuando aprendí esta disposición en Santo Tomás y en San Agustín, me hizo concordar pronto con nuestro gran Balmes, tan enemigo como ellos de la infame farándula de quienes reducen la filosofía a una mera literatura, pagados con nombres fastuosos de filósofos altisonantes, de libros y escritos en que todo se les va en citas, y citas de las citas con que otros han citado lo que el primero soñó. Balmes era radicalmente opuesto a esta comediografía que hoy día nos corroe: "Hay bastantes cabezas que son libros y hasta bibliotecas; pero hay pocas inteligencias", escribió entre sus pensamientos publicados el 7 de septiembre de 1844. Como también escribió: "Tenemos un nuevo pauperismo: los jóvenes ilustrados." Y aun añadió: "Hobbes decía que si hubiese leído tanto como otros, sería tan ignorante como ellos; ésta es una exageración que encierra un significado profundo. Conocemos más los libros que las cosas; y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros." ¡Qué habría dicho Balmes si hubiese visto que tantos tan fácilmente arrumbaban hoy día nuestra filosofía de siglos, de sabiduría humana y divina, sin ni discutir, ni examinar siquiera

la verdad de sus pruebas, movidos tan sólo por la varita mágica de "lo que es de moda", "lo que triunfa", "lo que todos dicen", "el porvenir"!

Suenan al unísono las palabras que el 6 de agosto de 1964 escribió Pablo VI en su primera Encíclica: "¡Cuánto puede la moda incluso en el reino del pensamiento, que debería ser autónomo y libre y sólo ávido y dócil ante la verdad y la autoridad de probados maestros!" (*Ecclesiam suam*, n. 43.)

Este es el llamamiento a una gran misión, que en medio de nuestro mundo superficial, vanidoso y vocinglero, resuena en nuestros días con palabras decisivas de afán de verdad.

Esta es también la razón del gozo que siento —y sentimos todos— al llegar al término de la "VIII Reunión de Amigos de la Ciudad Católica".

Aquí ha palpitado un espíritu de amor a la verdad; de sujeción al orden divino; de aprecio de la doctrina de la tradición secular de la Iglesia.

Es la condición fundamental para el verdadero progreso: nuestra inserción, cada vez más profunda y plena, en la vida divina, para que seamos sarmientos vivos, vivificados por el Espíritu Santo, alma del Cuerpo Místico de Jesucristo, que es nuestra santa madre la Iglesia Católica.